

**JAKOB EJERSBO**



**REVOLUCIÓN**

Revolución es un conjunto de historias que sirven de nexo entre la primera y la última de las novelas de la Trilogía Africana de Jakob Ejersbo. Pero es también mucho más que eso. El autor tenía un talento excepcional para meterse en la cabeza de sus protagonistas: Moses, un trabajador en una mina tanzana que vive con la esperanza de hacerse rico; Sofie, de Groenlandia, que se une a una mujer francesa en su periplo por el mundo; Rachel, que intenta construir su vida en una ciudad donde todo el mundo la percibe como una prostituta en ciernes. El lector acaba por sentir que el autor podría haber escrito sobre cualquiera de los que viven en Tanzania mejor que ellos mismos. Y que podría seguir leyendo las historias de estos personajes para siempre.

# REVOLUCIÓN

Jakob Ejersbo

«El trabajo. El supermercado. Verduras y carne metida en cajas de espuma y film plástico. Esa es la única diferencia que hay entre África y Europa. Mil años de evolución es igual a carne envasada al vacío. Asfalto sobre las carreteras, farolas, cloacas y calefacción. Es muy frágil. Los blancos siempre están trabajando. Los negros se sientan a hablar. Es de noche cuando entro a trabajar y sigue siendo de noche cuando salgo por la mañana. Asfalto. Refrigeradores. Farolas».

*Gracias a mi primer lector Christian Kirk Muff por echarle gasolina al fuego y patearme el culo innumerables veces. También gracias a Ole Christian Madsen por todos los ajustes. Y a Morten Alsinger por las mil pausas para tomar café.*

## PUNK AFRIQUE

### Groenlandia

Las estrellas me dicen que voy a odiar a los *hippies* daneses, enamorarme de un faquir francés, hacer de agente 007 en Marruecos, sufrir una terrible hambruna en Sudán, pasar oro de contrabando en el coño y que Idi Amin me privará de algo. También parece ser que se instalarán seis diferentes tipos de lombrices intestinales en mis entrañas y que el sexto será algo muy especial.

Me llamo Sofie Naasunnguaq Petersen y nací en Upernavik, Groenlandia del Norte, en 1955. Mi madre es groenlandesa y mi padre danés. Vivimos como daneses y hablamos danés en casa. Nuestra casa es buena, tiene calefacción y electricidad e incluso tenemos más de una habitación. Los groenlandeses viven en pequeñas cabañas de madera con un solo cuarto, todos duermen en la misma cama y tienen muchísimos hijos. Muchos viven muy mal, en la miseria, y tienen problemas con el alcohol. Pero nosotros pertenecemos a la clase alta. Mi padre es gerente de varias empresas de servicios públicos de la ciudad. Gestiona la electricidad, el agua, los astilleros y la cantera. Tiene a mucha gente a su cargo que va al trabajo cuando le viene en gana. Los otros daneses son los responsables de que la comunidad funcione: el médico, el encargado de correos y el telegrafista. La gran mayoría de los groenlandeses son cazadores, un pueblo nómada que se ha quedado anclado en el tiempo. Cosen sus propios kayaks y cazan focas.

Mi madre tiene muchas amigas groenlandesas que vienen a verla a casa. Siempre se quedan sentadas en la cocina porque no les gusta estar en el salón. No es una estancia elegante, más bien un salón normal con un sofá en el que nos sentamos a pasar el rato y a escuchar la radio, pero cuando hay groenlandeses siempre nos sentamos en la cocina y comemos comida groenlandesa. Mi padre no quiere que la comamos en el salón; dice que apesta, que huele a algas. Nosotras, las pequeñas, sí comemos lo que nos prepara mamá. A papá le apasiona la caza y la pesca y se dedica con empeño a estas actividades en su tiempo libre. Es un auténtico *boy scout*. Caza pájaros salvajes. Una vez también cazó una foca y mamá la descuartizó en el suelo de la cocina. Pero jamás se come la grasa.

Yo no hablo groenlandés. Aprendí un poquito de pequeña pero lo dejé cuando empecé la escuela. Los niños groenlandeses entienden bastante danés como para poder jugar juntos. Cuando los adultos hablan groenlandés muy rápido, no entiendo nada; al principio creía que sí, pero cuando contestaba a sus preguntas se reían porque decía auténticos disparates. Así que lo dejé y empecé a pasar más rato con mi padre.

Las familias cien por cien danesas no se relacionan con los groenlandeses a nivel personal. Ni los daneses ni los groenlandeses se invitan a sus respectivas casas. Pero muchos daneses tienen *kifak*: chicas que ayudan en las casas. Son las que friegan los suelos y hacen la colada o ese tipo de trabajo más duro.

Empiezo el primer curso en 1962. La escuela tiene un par de profesores groenlandeses pero toda la enseñanza se imparte en danés. Yo voy a la clase de los daneses con el resto de los niños daneses de los otros cursos, y estamos todos juntos en una misma aula. A los niños groenlandeses les enseñan por separado porque van a un ritmo más lento,

y es que no entienden ni hablan nada de danés. Luego nos juntan a todos en cuarto curso. A mí no se me da bien la escuela: siempre estoy soñando y me paso el día mirando por la ventana. Nunca hago los deberes porque a nadie le interesan esas cosas en casa. A mi padre le parece que los profesores son unos personajes que ha puesto en la tierra el mismísimo diablo, y mi madre solo fue a la escuela hasta los cuatro años. ¿Qué van a hacer sus hijas con una educación? A ella le van muy bien las cosas; deberemos darnos por satisfechas si alguien quiere casarse con nosotras.

Tengo una amiga que se llama Uvalu que suele venir a casa para jugar después de la escuela. Una tarde llega mi padre —normalmente no llega hasta justo antes de la cena —, abre la puerta de mi habitación y ve a Uvalu.

—Ahhh... hola —dice.

Enseguida noto que está incómodo. Me pongo nerviosa. ¿Qué ocurre?

—Buenas tardes, señor Petersen —contesta Uvalu.

—Hola, papá.

—Venga, pasadlo bien... —dice él, sonrío y cierra la puerta de nuevo.

¿Qué ha pasado? Más tarde salimos a jugar fuera y olvido lo que ha pasado hasta después de cenar, cuando papá se sienta en el sofá y me dice:

—Sofie, ven aquí un momento. —Me siento a su lado y él pone su brazo en mi hombro—. No deberías traer a casa a niños groenlandeses.

Pero si yo también soy groenlandesa. Y mamá.

—¿Por qué no? —le pregunto.

—No es bueno que vean lo bien que vivimos —contesta—. Porque entonces se pondrán tristes.

—¿Por qué se pondrán tristes?

—Porque nosotros vivimos muy bien y ellos viven en unas casas minúsculas y de mala calidad —explica papá.

Yo no digo nada más, pero me parece todo un poco raro. ¿Es posible que piense que no son lo suficientemente fi-



nos?

Mis padres se conocieron en un barco en 1950. Mi padre estaba yendo a Groenlandia. Había un piano a bordo y él traía consigo su guitarra. Mi madre se sentó al piano y tocó una música romántica. Había estado en Dinamarca formándose para ser encuadernadora de libros y en ese momento volvía a casa para ver a su familia. Hacía las clases prácticas en un taller donde encuadernaban pequeños libritos de cuentos de Hans Christian Andersen. Nunca llegó a trabajar profesionalmente en eso; no se encuadernan libros en Groenlandia. Mi padre y mi madre se casaron y tuvieron a mis dos hermanas mayores. Luego me tuvieron a mí.

Mi madre es una auténtica groenlandesa, y sus padres hablan groenlandés. Pero es verdad que hubo un noruego en la familia de mi abuelo y un alemán en la de mi abuela. Y que una parte de la familia tiene sangre danesa desde 1775. Mi abuelo incluso tiene los ojos de color azul y mi abuela el pelo rizado. Los groenlandeses no tienen rizos, así que la sangre blanca ha tenido bastante presencia en nuestra familia.

Mi abuelo era catequista cuando mi madre era pequeña. Luego fue maestro, de modo que le pagaban su sueldo en dinero. Por aquel entonces lo más habitual era tener tan solo lo que se pescaba o cazaba y quizás el poco dinero que se conseguía vendiendo una parte de la captura, pero era muy poco. Así que podría decirse que mamá se crio en una familia acomodada, incluso aunque fueran dieciséis niños. El abuelo tenía cuatro hijos de su primer matrimonio y luego tuvo doce con mi abuela. Ahora son muy mayores. Aún viven en la pequeña casa gris detrás de la vieja iglesia de Nuuk. Cuenta con un salón, una cocina y una primera planta con dos habitaciones.

El abuelo dice que mamá siempre ha tenido «ambiciones sociales». Ella tenía muy claro que no iba a ser una groenlandesa pobre casada con un borracho. Y la verdad es que es la que manda en casa y la que nos inculca sus va-

lores. Tenemos que portarnos bien, hablar correctamente, sentarnos con las piernas juntas y acabar siendo buenas esposas; por lo menos esa es la idea que tiene para mis hermanas mayores. Yo me salvo por los pelos porque soy la más pequeña y porque soy la niña de los ojos de papá. Mis hermanas tienen quehaceres fijos en la casa y deben hacer cosas que requieren bastante fuerza física. Antes ayudaban en el lavado de ropa, que se hacía en unos enormes barreños de madera y se escurría a mano. Pero mamá se ha hecho con una máquina para escurrir la ropa y otra para lavar. Es la primera que lo consigue en toda la ciudad porque papá sabe de máquinas, es el gerente de la central eléctrica y además le encanta todo lo que tenga que ver con la tecnología.

En 1964 nos mudamos a Holsteinsborg, en la costa oeste de Groenlandia. Mis padres montan una orquesta de baile y tocan en la sala de actos del ayuntamiento cada viernes y sábado. Allí hay un piano. Yo soy demasiado pequeña para ir con ellos pero mis hermanas me llevaron hasta allí una vez y me dejaron mirar por la ventana. El local está a tope. Mis padres tocan una polca al piano y a la guitarra y un hombre danés toca la batería. Todo el mundo se ríe y baila. De vuelta a casa oímos un hombre vomitando. Mis hermanas siguen caminando.

—Tenemos que ayudarle. Está enfermo —digo.

Se ríen y unos perros sueltos van hacia el ruido.

—Está borracho —dice mi hermana mayor—. Esos perros se comerán su vómito.

También tenemos un piano en casa y los miembros de la orquesta ensayan aquí. Se juntan mi madre, mi padre y un par de hombres daneses que saben tocar la batería y el bajo. A mi hermana mayor le dejan cantar *The Girl from Ipanema*.

El número de habitantes se duplica cada verano porque llegan de Dinamarca montones de obreros que nos plantan cinco bloques enteros de viviendas en un abrir y cerrar de ojos. Construyen pequeñas casas adosadas de madera para los groenlandeses, pero ni un solo groenlandés trabaja en estas construcciones. Los daneses trabajan por turnos las veinticuatro horas del día porque nunca se hace de noche; trabajan como posesos en esta época del año en que no hay escarcha sobre la tierra. La mayoría de los hombres están solos y los fines de semana se vuelven como locos: beben como cerdos y se portan como monos. Las chicas groenlandesas pululan a su alrededor porque estos obreros tienen dinero y eso significa bebida gratis. Por un rato de sexo, tendrán una cama caliente en la que dormir y quizás una comida de propina. Son las chicas del puerto y de las casas prefabricadas. Los jóvenes de la ciudad están rabiosos, así que se arman grandes peleas por las noches. Algunos daneses se casan con las chicas y se quedan viviendo aquí muchos años, o bien se llevan a las mujeres a Dinamarca. Eso los que se portan bien. La mayoría de ellos las dejan embarazadas y se largan de la ciudad.

Anhelo bajar a la civilización. Cada año mandan a algunos de los chicos mayores a Dinamarca para estudiar en una escuela técnica, y vuelven al cabo de dos años. Molan mucho, vuelven con ropa chula y peinados modernos; se mueven de otra manera, hablan diferente y proyectan algo que les hace ser distintos. Pero es difícil reconocerlos de inmediato. Estoy observándolos a distancia con mi compañera de clase Malo.

—Creo que es Anton —dice ella.

—¿Anton? Nooo, ¿en serio?

—No estoy segura.

—Está buenísimo.

—Sí.

Y no nos atrevemos ni a hablarle al tío, de lo bueno que está.

Miro un montón de revistas de mi madre, que le envían de Dinamarca. Hay fotos de *hippies*, tíos con el pelo largo, los llamados *flower children*. Corren nuevos tiempos. Yo también quiero formar parte de eso. Anton no durará mucho: la ropa chula se gastará, algún familiar le robará alguna prenda y cuando eso pase, volverá a ser miserable y aburrido de nuevo.

## Dinamarca

Acabo séptimo en Holsteinsborg. Tengo doce años y viajamos a Dinamarca en barco para pasar unas vacaciones de medio año antes de que papá empiece su próximo trabajo. Al principio vivimos en casa de la hermana de mi padre y luego alquilamos una casa de verano. Cumplo trece años y un par de días antes de volver a casa me llevan a la escuela de Sejrgård en Tølløse.

—Hasta la vista —les digo y me despido con la mano.

Ahora sí que va a haber acción. Me lanzo al nuevo mundo. Pero no estaba preparada para los daneses.

—Tú has comido mucha grasa de foca en el pueblo, ¿no? —me dice uno de los alumnos más grandes, me pellizca en la mejilla y se ríe.

Tengo un ataque de timidez y me entra miedo. Voy al lavabo a llorar y me miro al espejo. Soy medio groenlandesa, tengo las mejillas hinchadas y el pelo negro y liso, pero hablo danés y he vivido como una danesa en Groenlandia. Para colmo, aquí hablan un danés raro y diferente. Los daneses son muy duros los unos con los otros. Mi abuela me ha contado que los primeros groenlandeses que llegaron a Dinamarca sobre el año 1700 murieron del *shock*. En la escuela hay otros medio daneses de Groenlandia, y todos somos unos marginados. Intento hablar con una chica danesa:

—Hueles a pis —me dice.

—¿Qué quieres decir?

—Las chicas groenlandesas os laváis el cabello con pis. Sois superasquerosas.

Me da la espalda y se va. Nunca había escuchado algo así.

Lo único que reconozco en la escuela es un piano que hay en una de las aulas, así que el primer año me meto a tocar cada vez que tengo la posibilidad. Es un buen escondite.

Al cabo de un tiempo salgo de mi aislamiento. Me he inventado una defensa que consiste en mantener una arrogancia extrema. Camino con dignidad, con la mirada fría, la espalda erguida y altiva. Soy amable y actúo con determinación, pero me mantengo siempre inaccesible. A mí no se me sube nadie. Ni de coña.

Menos mal que en la escuela hay muchos daneses que se han criado en el extranjero. Sus padres son embajadores en países como la India y Malasia. También hay un par de alumnos cuyos padres están destinados en África trabajando para Danida, la Agencia Internacional Danesa para el Desarrollo. Tenemos en común que nos hemos criado lejos de Dinamarca aunque todos seamos daneses. Los otros alumnos son de Copenhague o de Frederiksberg, aunque la mayoría vienen de la zona pija, al norte de la capital. Sus padres son jefazos y tienen cero tiempo para sus hijos. Papá está ocupado y mamá se pasa el día haciéndose *peelings* y manicuras, eso cuando no está de compras. Nadie habla de sus progenitores en la escuela, pero cuando vuelven de pasar el fin de semana con ellos llegan cargados con ropa nueva, les traen en cochazos y parecen gente decente.

Vuelo a casa en verano y ahora soy yo la que parezco una extraña y despierto interés. Me atiborro de guisos caseros de mamá y bebo hasta agarrarme un buen pedo con mis viejos amigos. Hacemos fuego en la playa y pierdo la

virginidad con Anton en un campo salpicado de flores de verano.

Después de cuatro años en el internado de Tølløse he acabado los estudios y me mudo a Copenhague. Mi padre me ha conseguido una plaza en el Ministerio de Groenlandia y empezaré como ayudante de administración en enero de 1973. Trabajaré en la Organización Técnica de Groenlandia, que es una subdelegación del ministerio situada en la plaza Hauser, justo detrás de Kultorvet.

La media de edad en el ministerio es de sesenta años y yo soy la única ayudante. No hago amigos pero son muy amables conmigo, realmente majos. Vale, hay un par de secretarias que son unas mojigatas, son danesas nativas que nunca han estado en Groenlandia. Pero la mayoría han trabajado allí un montón de años. Son tolerantes y se toman mucho el pelo los unos a los otros. Hay buen rollo. No obstante, no hay ni un solo groenlandés: digamos que yo soy la que más me acerco.

Soy un poco *hippie* y siempre llevo faldas estampadas con flores, gafas estilo John Lennon y zuecos de madera. No pasa nada, no es un problema vestir así para ir al trabajo. Me apunto a la escuela de comercio que está al lado y sigo subiendo peldaños en los diferentes departamentos del ministerio. Paso por la sala de fotocopias, la clasificación de correo, el archivo y el departamento de cuentas, que no va muy bien. Aprendo braille, soy organizada y se me da genial lo de clasificar el correo. También paso un periodo corto de tiempo en la sala del télex, desde donde nos escribimos directamente con Groenlandia.

Tengo dieciocho años y no conozco ni un alma en Copenhague. Muchos de los que conocí en el internado se han vuelto a marchar a los países en los que viven sus padres y otros están en Herlufsholm. Pero yo no voy a hacer el

bachillerato porque no me interesan para nada los estudios académicos. Los desprecio.

Mis padres no me han preparado ni me han animado a empezarlos. Me han conseguido la plaza de ayudante y a partir de aquí me tengo que apañar sola. Menos mal que uno de los antiguos alumnos del internado me ha explicado que para encontrar una habitación en la ciudad hay que mirar unos anuncios en el periódico. Yo no tenía ni idea. Y no quiero preguntarles a mis hermanas. La mayor se ha casado con un albañil, vive en Brønshøj, quiere tener hijos y freír *frikadeller*. Y la mediana nunca tiene tiempo para quedar conmigo. Ahora es pija y le parece «objetable» que yo sea una *hippie*.

La primera habitación que alquilo está en un piso grande en Frederiksberg. Una bruja vieja y amargada me abre la puerta. Me observa con desdén.

—¿Y tú de dónde eres? —me pregunta.

—Soy danesa, de Tølløse.

Casi lo soy, aunque mi madre sea de Groenlandia. Pero durante el primer mes recibo muchas cartas de allá arriba y la muy zorra empieza a desconfiar.

—¿Eres groenlandesa?

—No, pero mis padres trabajan allí —le contesto.

Un par de días más tarde llama a mi puerta. Abro.

—Quiero que te mudes antes del día 1 —me dice la arpía.

—¿Y eso por qué?

—No dejas la cocina limpia después de usarla.

—Le prometo que me esforzaré más.

—Y encima mientes —dice—. Todos sois así.

—¿Qué quiere decir?

—Me dijiste que eras danesa. Pero tienes una pinta rara; no eres una danesa de verdad.

—¿Y qué?

—No quiero que estés aquí. Te quiero fuera antes del día 1 —dice y se va.